

OTOÑO, DULCE OTOÑO

HA pasado ya la luz lechosa, el magma tórrido del mes de agosto. Después de las últimas tormentas ha surgido septiembre envuelto en un aire sutil que dora ligeramente el azul de la mar y recorta con un delicado polvillo de oro el perfil de este paisaje de pinos. La piel de las olas que es una lámina luminosa y delicuescente inunda con suaves pasadas la basura que han dejado los turistas. Una dulce poesía de envoltorios, papelajos, plásticos pringados, botes de bronceador, cascos de refresco, ha quedado semienterrada en la arena y el vientecillo de levante forma pequeñas dunas solitarias con estos restos de basura. Los franceses se han marchado y con ellos también las bolas de petanca. Los franceses ya están poniendo tornillos en la Citroen. Aquellos rubios y nutridos garañones, aquellas suaves muchachas de bikini con la piel dorada y la pelusilla de melocotón se han ido a votar a su país y han dejado esta playa desierta, llena de residuos de crocanti y melancolía. Los bloques de apartamentos están vacíos, sin los gallardetes de la colada. Los supermercados hacen ahora el arqueo, los bancos cuentan las divisas y los poceros desatascan las alcantarillas. Definitivamente los turistas se han marchado.

Ahora los españoles nos quedamos solos mirándonos cara a cara. Aquí encerrados frente a un otoño que se presenta lleno de dulce suavidad. Las quinielas han llegado ya como nuevas golondrinas del azar. Y mientras la luz de septiembre comienza a dejar en el paisaje esa pátina de sillar románico los españoles afanados con el bolígrafo rellenaremos en perfecto orden los boletos cada viernes, saldremos los domingos con el coche a comernos una tortilla a las afueras al pie de un transistor cruzado de balonazos, estaremos los lunes pendientes de la moviola y cada día al anochecer nos sentaremos en la salita de estar para esperar que nuestra amada esposa nos prepare el avecrén que tomaremos lentamente acompasado con las noticias del telediario. Y así hasta que llegue la no menos dulce navidad con su turroncito y todo. Los tenderos pondrán guirnaldas de plata a los jamones del escaparate y los basureros de la vecindad nos pasarán tarjeta con un ferviente deseo de que seamos felices. Así que ya tenemos el otoño cubierto. Todo se reduce a encender el braserillo de picón y a estar atentos a la jugada en que se va a producir el gol. El otoño es un escorzo del tiempo que se pone dorado de amarillo Rembrandt y en el corazón se enmaraña una raíz de crisantemo. No me diga usted que no es bonito.

VICENT

QUINTO

CUANDO PIENSO QUE DIMINUTOS SON
LOS HOMBRES FRENTE A LA INMENSIDAD
DEL UNIVERSO, ME PREGUNTO ¿POR
QUÉ A SERES TAN PEQUEÑOS DEBO
PAGARLES SUELDOS TAN ALTOS?

